



25 CTA

3 DE CÁLOGOS
 x 3 = 30
 MANDAMIENTOS

1144
1144

Biblioteca de los sin Dios

Año I

Núm. 18

3 DECÁLOGOS × 3
= 30 MANDAMIENTOS

por

AUGUSTO VIVERO

Portada de ARGUELLO



EDICIONES LIBERTAD

Calle de Roma, 41

MADRID

Pidan los folletos aquí anunciados a EDICIONES LIBER-
TAD, Roma, 41, MADRID.—A reembolso, 30 por 100.

LA NOVELA PROLETARIA y la BIBLIOTECA DE LOS SIN DIOS, son las publi-
caciones predilectas del pueblo. Raro es el número que no se agota. De cada uno de
éstos se vende un promedio nunca inferior a 30.000 ejemplares.

En LA NOVELA PROLETARIA colaboran todos los hombres revelantes de la
izquierdas españolas. Es una siembra ideológica formidable, sin igual hasta ahora en
España.

La BIBLIOTECA DE LOS SIN DIOS, terror del beatario, de la clerecía y de los
clericales al servicio de la República, no se puede anunciar en ningún periódico de los
llamados republicanos. Los neos compran los ejemplares para destruirlos. Los curas
los maldicen desde el púlpito. Las beatas de cruz al cuello, los consideran obra de
Satanás.

VAN PUBLICADOS EN

«La Novela Proletaria»

- Núm. 1.—«Sindicalista de acción», por
Augusto Vivero.
Núm. 2.—«Una pedrada a la virgen», por
José Antonio Balbontín.
Núm. 3.—«Las Animas Benditas», por
Eduardo Barriobero.
Núm. 4.—«La caída del Dictador», por
Angel Pestaña.
Núm. 5.—«Mi dama y mi star», por Angel
Samblancat.
Núm. 6.—«¡Pero mató a un burgués!»,
por Carrasco.
Núm. 7.—«Las calaveras de plomo», por
Salvador Sediles.
Núm. 8.—«El Confidente», por Eduardo
de Guzmán.
Núm. 9.—«A tiro limpio», por Augusto
Vivero.
Núm. 10.—«La Bomba», por Rodrigo Soriano
Núm. 11.—«Un ensayo revolucionario»,
por Mauro Bajatierra.
Núm. 12.—«¿Dónde está Dios?», por Cé-
sar Falcón.
Núm. 13.—«Infamias», por Antonio Jimé-
nez.
Núm. 14.—«La ley de fugas», por Emilio
Mistral.
Núm. 15.—«Abel mató a Caín», por Ra-
món Franco.
Núm. 16.—«Un periodista», por Ramón
Magre.
Núm. 17.—«El enchufista», por Augusto
Vivero
Núm. 18.—«Resignación, hermanos!», por
Salvador Sediles.
Núm. 19.—«Noche Roja», por R. Soriano
Núm. 20.—«El Compañero Confidente»
Ejemplar, ¡25 céntimos!

«Biblioteca de los sin Dios
de Augusto Vivero, los si-
guientes:

- Núm. 1.—«Jesucristo, mala persona»
2: Las alegres abuelas de Jesucristo (den-
unciada).—3: La absurda virginidad
María (denunciada).—4: ¡Eso de las ho-
tias! 5: La farsa de Cristo rey.—6: Los
chirimbolos del altar.—7: La ignorancia
de Jesucristo. | 8: ¡Vaya un Cielo el de
Biblia!—9: Jesús, santifica el matrimonio
civil.—10: El pobre Diablo, en ridículo
11: Origen nefando de los conventos (den-
unciada).—12: Dios Padre, pedrusco
13: Cristo no fué cristiano.—14: El Sa-
cramento Vaginal.—15: Jesucristo hom-
sexual.—16: El Santo revoltillo de
Misa.—19, «Adán, Eva y Compañía».

Ejemplar, ¡25 céntimos

NUESTRA ODISEA
EN VILLA CISNERO

por TOMAS CANO RU
prólogo de RAMON FRANCO
50 céntimos ejemplar.

Imp. Campos — Pedro Heredia, 1 dupdo.—Madrid

BER.
OO.
as publi
a uno d
es de la
hora c
y de lo
co de le
os cura
obra d
Dios
os si
ersona
risto (d
inidad
e las ha
v.—6: L
ignoranc
lo el de
atrimo
ridicú
entos (e
pedrus
4: El S
sto hon
illo de
aña.
mos
SE
ERO
RU
RANC
plar.
1

3 decálogos × 3 = 30 mandamientos

Siempre había tenido yo la consoladora esperanza de, cuando expirase, ir al Infierno.

Me infundía pavor, espantoso pavor, la terrible idea de que me obligasen a subir al Cielo.

Y con razón me asustaba. ¡Un Cielo reservado para idiotas, «pobres de espíritu» en la jerga de los Evangelios! (1). ¡Un edificio aéreo, de curva traza, donde hallaría millares de Santos cuya santidad consistió en aborrecer el aseo y vivir como fieras! ¡Un Cielo, en fin, parcelado para tunantes que, por ricos y poder sobornar a la Iglesia, compran la vida perdurable! ¡No, y cien veces no! ¡Abrenuntio! ¡Ningún suplicio más espantoso para una persona discreta, honorable y de buen olfato!

(1) Mateo, cap. V, vers. 3.

Pero, ¡ay, amigos!, no es tan fácil ir al Infierno como asegura la clerecía. Escúchadme.

Acabadito yo de finiquitar, me lancé alegremente a los aires, busca que busca la entrada del Infierno. Pues la Iglesia—decíame yo para la camisa de mi espíritu—lo ha instalado en la oquedad que supone tener la Tierra en su centro, el cráter de algún volcán apagado debe conducir al Infierno. Y ¡hale! Me fuí a la husma de lo que llamó «El Gran Abismo» la historieta del «Génesis» (2), y llama «los Profundos» mamá Iglesia en sus continuos «reclamos» de la divertida mansión infernal...

¡Triste quimera! Ni el Gran Abismo ni lo del «De Profundis» tenía realidad alguna, salvo en la ignorancia de pretéritas edades.

El alma de un piadoso fiscal, que se deshacía procesando almas de republicanos herejes, me frenó en mis andanzas con un mandamiento judicial.

—¡Infame!—dijo, de propina—. ¿Cómo buscas las posesiones de Satanás? ¿Quién, si no tú, ha escrito ser él ruin embuste clerizortal? ¿Quién, quién, adujo que cínicos traductores de las Escrituras hebraicas y griegas, ultrajaron en sus versiones el sentido común y la verdad? Porque tú demostraste (3) que

(2) Génesis, cap. VII, vers. 11.—(3) Véase en esta Biblioteca: «El pobre Diablo en ridículo.»

lo apodado Infierno por Roma y sus recaudadores, es el «scheol» judío y el «hades» griego, simple «sepultura» u «hoyo».

¿Qué partido tomar? ¿Irme al Purgatorio? ¡Buenas ganas de perder el tiempo! Harto sabía yo que el Purgatorio tuvo a bien sacárselo del magín la Iglesia casi a fines del siglo X, cuando el papa Juan XVII cristianizó el culto idolátrico a los muertos merced al Día de los Difuntos. Y que montó esa industria robando el Purgatorio a los brahmanes, quienes lo tenían en su «Shasta» desde más de tres mil años antes...

Todo mohino fuí a sentarme a espaldas de una cruz, por si fuese cierto lo de «Tras la cruz está el Diablo».

—¡Mecachis!—púseme a vociferar con la boca dada por la «Revelación» a los espíritus—. ¿Es que una persona de bien no puede ponerse al habla con el Malo sin que le lleve a cuestras un arzobispo, un obispo, o un fraile barrigudo?

Pero Albornoz, que andaba por allí haciendo penitencia—según solía desde que besó el anillo del Nuncio la primera de mil veces—, se acarició la ex d'antoniana melena y dijo con aire piadoso:

—Aleluya, hermano. La Divina Gracia, que me ha tocado a fuerza de procesar a cuantos escarnecen,

en República, el intangible dogma de la monarquía, me faculta para consolarte. Puedes ir al Cielo. Declara que vas en nombre mío, y no te preocupes. Ahora somos uña y carne la Divina Providencia y yo.

¡Hala, hala! Despegué, puse la proa de mi alma rumbo al éter, y subí, subí, subí, como si me llevase la yegua Alborak en que Mahoma hizo idéntico viaje. Mas, lo reconozco, mil dudas me atormentaban. ¿A qué Cielo iría?

Lo que la Iglesia continúa llamando Cielo, es la atmósfera. Y, aunque, a decir de la «Revelación», hay una puerta y ventanas en la atmósfera (4), ¿lo creería un alma que no fuese de cántaro?

Pero, si por otra parte, Jesús hizo el milagro de subir—con vestiduras y todo—a sentarse en la atmósfera junto al Omnipotente (5), ¿quién pudiera impedirme hallar la hospedería celeste? ¿Quién, si el apóstol número XIII, vulgo San Pablo, afirma gravemente haber subido más alto que Mahoma, o sea al cielo número III? (6).

Ea, sus y arriba. Bueno fuera que no pudiese yo

(4) Véase en esta Biblioteca, «¡Vaya un Cielo el de la Biblia!»—(5) Lucas, cap. XXIV, vers. 51,—(6) Segunda Corintios, cap. XII, vers. 2-4.

asaltar la bóveda cerúlea cuando los de la torre de Babel estuvieron a punto de asaltarla (7).

Dicho y hecho. Arroqué de mí el lastre del sentido común. Me despojé de mis elementales conocimientos de Astronomía y de historia comparada de las Religiones. Procuré asimilarme la baja mentalidad de quienes inventaron el Cielo de las Escrituras, y... ¡oh prodigio!, al instante hallé a la Tierra cobijada por la dura bóveda cristalina donde la superstición ancestral mantiene aún a los que fueron dioses y hoy son Dioses.

Efectivamente, la concavidad atmosférica tiene puerta, la puerta por donde bajó el Espíritu Santo a sucio aldeorrio de Galilea; la por donde penetró Jesús, fracasado en su intento de redimirnos, y la por donde sale Jehová, montado en un querube (8), para sus paseos aéreos.

¡Ay! La puerta estaba cerrada. Pero, pues, en el catolicismo tienen manos los espíritus, mi espíritu empujó y abrióse la broncea puerta.

Como lo tradicional en estos casos es que le deslumbre a uno la luz—porque en todas las Religiones tiene la Divinidad residuos de su parentesco con el

(7) Génesis, cap. XI, vers. 6.—(8) Salmo XVIII, versículo 10.

Sol—, temí quedarme sin vista. Y me puse los cristales ahumados que a prevención llevaba. Por ello me libré de cegar, conforme aconteció al apóstol número XIII camino de Damasco, y especialmente de que luego, a imitación suya, se me quitase la ceguera cayéndoseme de los ojos unas estupendísimas escamas (9). No hay como escamarse primero para no desescamarse después.

Y vi... Bueno. Permitid a mi alma que se siente, se limpie el sudor, e invoque, mientras, al Palomo que en la Biblia baja del éter para describir innumerables cosas absurdas.

* * *

No pretendo, lectores, darme pisto. Mas, ¡qué demonio!, si Jehová en persona salió a abrimme, ¿por qué sigilarlo? ¿Es que no tengo yo cien veces más juicio que los ganapanes llamados profetas, de quienes Jehová era contertulio?

Al verme allí, el Eterno $1+1+1=1$ puso más agrío gesto que de costumbre. Sin duda recordó que le he denunciado por hurto (10), y apresuróse a escon-

(9) Hechos, cap. IX, vers. 18.—(10) Véase «Cristo no fué cristiano».

der «el ojo de la Providencia» que sustrajo a Horo y que exhibe sin rubor en su triángulo radiante.

—¡ Me he *chinchatus!*—pensé en lengua eclesiástica—. No entro.

Mas, por si acaso, largué la camelancia que Marcos hace decir a Jesús en ciertos milagros.

—«Talitha cumi»—(11) proferí solemne—. Pero, bien que no estuviera Jehová para bromas, bien que no entendiese mi dicharacho, permaneció impasible. ¿Sí?—me dije—. Pues ahora verás. Y asegurando con el indescifrable camelo de San Pablo (12), largué un campanudo: «Maranatha».

—¿Quieres, con mil Diablos, decirme qué quieres?—atronó el Todopoderoso echando chispas.

—¿Qué quiero? Psch. Lo que la Iglesia otorga hoy a todos los granujas que al morir le dejan sus bienes: alojarme gratis en tu alcázar aéreo. Y, sobre todo, ver las mesas en que, según los Evangelios (13), comen y beben aquí Jesús y los apóstoles.

—¿Sí, eh?—replica zumbón el mito barbudo—. Siéntate por ahí, en una nube, que te examine.

—¿Es que hace falta ser guapo en el cielo? Tranquilízate. Respetaré a las Once mil Vírgenes.

(11) Marcos, cap. V, vers. 41.—(12) 1.^a Corintios, capítulo XVI, vers. 22.—(13) Lucas, cap. XXII, versículo 30.

—Necio; hablo de otro examen. ¿No leíste lo que anunció Jesús para el cada vez más lejano día del Juicio? Las ovejas a la derecha; los cabritos, a la izquierda (14). Pues aquí averiguamos si el que viene resulta oveja o cabrito. A ver. ¿Cómo estás de relaciones con el Decálogo?

Me irrité un poco.

—Mira, Jehová—dije—, no andemos con bromas. Estoy cansado del viaje y en ayunas. Quiero comer. Como Jesucristo comió a la vuelta de los Infiernos (15).

—Lee un cartelito que hay sobre la puerta: «Reservado el derecho de admisión». Aquí sólo entran los respetuosos de mis santos diez mandamientos.

—¿Cuáles diez? Porque rigen treinta, querido Señor.

—¿Eh, qué lío es éste? ¿Por ventura enseñan los clérigos que también tres Decálogos son uno?

—No, apreciable Tres en Uno. Y ahí está el lío. Afirman que hay un Decálogo habiendo tres.

Rascóse Jehová la coronilla, patidifuso. ¿Qué argüir, si con los años andaba mal de memoria? Pero como Dios es la Suprema Sabiduría, tuvo una frase pletórica de saber:

(14) Mateo, cap. XXV, ver. 33.—(15) Lucas, capítulo XXIV, vers. 42-43.

—Eso—adujo—debe de ser un embrollo del Espí-
ritu Santo. ¡ Me ocasiona cada berrinche con sus
contradicciones !

—Hablas como Dios, Jehová. Y fíjate. Si era du-
rillo de tragar que hubieses promulgado un solo decá-
logo, ¿quién se tragará tres ediciones contradictorias?
¡ Tres Decálogos distintos, y ninguno verdadero ! En
fin, oye.

El Eterno sentóse tras la puerta, y aplicó el oído,
sin permitirme la entrada. ¿Quizás porque las San-
tas visten sólo el traje aquel de la hojita de parra ?



—Tú sabes—comencé—que al tornar del cautive-
rio babilónico, empezó Esdras a escribir las «Obras
Completas» del Espíritu Santo, vulgo Biblia. Uno
de los libros que el buen Esdras enjaretó hacia el
año 442 antes de la Era del Agni cristiano, fué tu
Exodo. Ahí te puso Esdras tu primer Decálogo, el
que con alguna familiaridad llamaríamos la verda-
dera Tía Javiera de tus Decálogos. ¿Lo tienes en
la memoria ?

—Hombre... la verdad... Los inquilinos del Cie-

lo estamos siempre con amnesia. ¿Quieres recordarme lo que decía mi Decálogo?

—Con mucho gusto, fecundador de vírgenes casadas. Pero antes déjame confesar que el Exodo constituye ramillete de atrocidades. Tan enormes son que, por señalar algunas de ese y otros libros «revelados», los inquisidores quemaron en Valladolid (año de 1631) al teólogo Zapata. ¿Me permites aducir algo de las célebres 67 Preguntas de Zapata? Servirá de proemio al Decálogo número 1.

—Hombre, si señalan barbaridades de la «Revelación»...; pero, en fin, vengan: nunca está de más adquirir un poco de cultura.

—Que te hace falta, Jehová; mucha falta. Bien, oye al teólogo quemado:

«XX. ¿Cómo debo hablar y discurrir de la mansión de los judíos en Egipto y de su evasión? El Exodo dice «que permanecieron 400 años en Egipto», y haciendo una cuenta exacta, no se encuentran sino 205 años de mansión. ¿Por qué la hija de Faraón se bañaba en el Nilo, donde jamás se bañan, a causa de los cocodrilos?

»XXI. Habiéndose casado Moisés con la hija de una idólatra, ¿cómo le escogió Dios para su profeta, sin hacerle cargo por ello? ¿Cómo los mágicos de Faraón hicieron los mismos milagros que Moisés, excepto el de cubrir el país de piojos y sabandijas? ¿Cómo cambiaron en sangre todas las aguas, que había ya cambiado en sangre Moisés? ¿Cómo Moisés, conducido por el mismo Dios, y hallándose al frente de 630.000 combatientes, huyó con su pueblo, en lugar de apoderarse

de Egipto, cuyos primogénitos habían sido muertos antes por el mismo Dios? Jamás ha podido el Egipto reunir un ejército de 100.000 hombres, desde que se hace mención de él en los tiempos históricos. ¿Cómo, huyendo Moisés, con estas tropas, de la tierra de Jersén, en lugar de ir en línea recta al país de Canaam, atravesó la mitad del Egipto y subió hasta estar frente a frente de Memfis, entre Baal Zefón y el Mar Rojo? En fin, ¿cómo Faraón pudo perseguirlo con toda su caballería, cuando, en la quinta plaga del Egipto, hizo Dios perecer a todos los caballos y todas las bestias; y además de esto, porque estando cortado el Egipto con tantos canales, tuvo siempre muy poca caballería?»

— Pero — exclama interrumpiéndome el 1 = 3 —, ¿puso Esdras tamaños dislates en el Éxodo?

— ¡ Toma ! Esos, e infinitos más. Te lo juro. Y a remolque de tales desatinos, Esdras, en su novelucha, conduce las cábilas del pueblo elegido cerca de un monte consagrado a... ¿al Todopoderoso? No; consagrado a Sin, el dios lunar veneradísimo por los compatriotas de Abraham. Ya junto al Sinaí, Esdras manipula con «truenos y relámpagos», lanza «espesa nube sobre el monte», y te hace soplar y soplar tocando una bocina (16).

— ¿ Yo, virtuoso de la bocina? — salta Dios, estupefacto—. ¿ Que por capricho de Esdras me pongo a tocar un cuerno? Porque las bocinas de aquellos pastores eran de asta de carnero...

(16) Éxodo, cap. XIX, vers. 16.

—Sí, judío cristiano de mi alma—: tocas el cuerno, y después... O si no, escucha la regocijadísima pintura de Esdras: «Todo el monte de Sináí humeaba, porque Jehová había descendido sobre él EN FUEGO; y el humo de él (¡el tayo, Jehová!) subía como el de un horno» (17). Resumiendo, Altísimo: que echas chispas, que echas humo, que además tocas la bocina y que por añadidura te arrancas dictándole a tu taquígrafo Moisés, no sólo el Decálogo, sino hasta ¡126 versetes de la Biblia! ¡Nada menos que cuatro inacabables capítulos!

El Omnipotente, afligidísimo, se llevó las divinas manos a la divina cabeza.

—¡Rezambomba—le oigo exclamar—. ¡Ni que Moisés llevase una resma de cuartillas, su estilográfica, y un litro de tinta Waterman! Lo malo es que ni aun se había inventado entonces el papiro. ¡Ni siquiera, el alfabeto fenicio!

—¡Pobre Creador!—murmuro afectuoso—. ¡Y si acabaran ahí tus desdichas! Pero no acaban. El «Éxodo» hace que sólo Moisés te oiga el Decálogo y lo demás. «Y Moisés vino y contó al pueblo todas las palabras de Jehová... Y Moisés ESCRIBIO —¿cómo?, ¿en qué, y con qué?—TODAS LAS PALABRAS de Jehová» (18); es decir, los diez mandamientos y sus colgajos. Por desgracia para tí, el

(17) Exodo, cap. XIX, vers. 18.—(18) Exodo, capítulo XXIV, vers. 3-4.

Espíritu Santo narra la cosa en el «Deuteronomio» de distinta manera. Todo el pueblo te oye recitar aquel chaparrón de versículos.

—¡Ese atolondrado Palomo!—farfulla Jehová.

—Y Moisés repite uno a uno los diez mandamientos, y agrega: «Estas palabras habló Jehová a toda vuestra congregación, en el monte, de en medio del fuego, de la nube, de la oscuridad, y a gran voz» (19).

—¡Uyuyuy, qué lío!—se aflige el primer fabricante de mundos—. Con todo, di: ¿cuáles mandamientos recité a solas con mi profeta, o a solas con casi un millón de cabileños israelitas?

—Oyelos, y grábalos en tu celeste magín, para que después compares:

DECALOGO N.º I

- I. No tendrás dioses ajenos delante de mí.
- II. No te harás imagen, ni ninguna semejanza, de cosa que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra.
- III. No tomarás el nombre de Jehová, tu Dios, en vano.

—Perdóname aquí una interrupción. Tú has sido el primero en tomar tu santo nombre en vano. Dijiste, como si dijese verdad: «Una vez he jurado por mi santidad que no mentaré a David. Su semen será para siempre, y su trono como el sol delante

(19) Deuteronomio, cap. V, vers. 22.

de mí» (20). ¿Dónde ni cuándo cumpliste lo del semen y lo del trono? Anotado esto, continuó.

IV. Te acordarás del día del Reposo (el sábado) para santificarlo.

V. Honra a tu padre y a tu madre para que tus días se alarguen en la tierra (Canaam) que Jehová, tu Dios te da.

VI. No matarás.

VII. No cometerás adulterio.

VIII. No hurtarás.

IX. No hablarás contra tu prójimo falso testimonio.

X. No codiciarás la casa de tu prójimo, no codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su criada, ni su buey, ni su asno, ni cosa alguna de su pertenencia (21).

—¡Caray!—exulta el que creó a Adán sin ombli-go—. ¿Sabes que es muy bonito eso? ¡Me agrada, me agrada! ¡Y qué retejudío es lo de equiparar a la mujer con el buey y con el asno!

—Natural. Tus cábilas son parientes de los beduínos, que aún hoy consideran a la mujer, virgen o no, casi como un animalucho más. Bien. Ahora viene lo gordo. Promulgas de viva voz este Decálogo en el capítulo XX del «Exodo», mas en el XXIV ya no te acuerdas. Y mandas al asesino (22) que tienes por profeta: «Sube a buscarme al monte, espera allá, y te daré unas tablas de piedra, y la Ley

(20) Salmo LXXXIX, vers. 35-36.—(21) Exodo, capítulo XX, vers. 1-17.—(22) Exodo, cap. II, vers. 12.

y los Mandamientos que HE ESCRITO para enseñarlos» (23).

—¡Vaya coladura de Esdras!—se indigna el Dios $1=1+1+1$ —. ¡Si ya los recité «coram pópulo!» ¡Si hasta Moisés los ha escrito!

—¡Calla, Papá; si el cuento es como para troncharse de risa! Verás. Moisés, que anda por los ciento y pico de años (24), coge dos grandísimas losas, escala el abrupto monte volcánico, y hace alpinismo por allá arriba. «Estuve en el monte—dice—cuarenta días y cuarenta noches, sin comer pan ni beber agua» (25). ¡Ni Fapus!

—¡Bárbaro de Esdras!—no puede por menos de comentar la Suma Sabiduría—. ¿Y qué hizo el viejo ayunador en lo alto? Porque yo dije tener escritas ya las consabidas tablas...

—Lo dijiste, pero fué chungu celestial. Moisés reconoce que «al cabo de cuarenta días y cuarenta noches Jehová me dió las dos tablas de piedra» (26). ¡Se ve lo trabajoso que te era escribir en piedra con el divino dedo índice! Sin embargo, es lástima que no patentases el procedimiento...

—¡Cuánto desatino!—murmura el Omnisciente, abroncado—. Tendré que introducir algo de cordura en tales ineptias. Sigue.

(23) Exodo, cap. XXIV, vers. 12. — (24) Deuteronomio, cap. XXXIV, ver. 7. — (25) Idem, cap. IX, versículo 9. — (26) Deuteronomio, cap. IX, vers. 11.

—Al fin baja el centenario con su carga de losas, escritas «con el dedo de Dios» (27). Y probablemente loco. Pues a la balumba de los 125 versículos de tu primer recital, añadiste ahora, ¡ 235 ! ¡ La piedra que necesitarías para escribir a punta de dedo 361 versículos !

—No ahondemos, no ahondemos — refunfuña Dios—. Sigue, que yo me entere.

Llega Moisés abajo, hecho cisco por el hambre y por los dos pedruscos, y ¡ ah ! ¡ oh ! ¡ uh !, se topa con que los israelitas adoran a Dios en figura de cornúpeto. ¡ Un toro áureo, formado en mitad de un desierto, y por toscos pastores ! ¡ Morrocotudo milagro ! Pero Moisés debió decirse: ¿ Milagritos a mí, rejevová ? Y ¡ cataplum !, hace dos milagros superferolíticos: muele y reduce a polvo la escultura metálica (28); destroza los pétreos tablonés de la Ley lanzándolos a tierra (29). ¡ Te digo, Dios, que hay para troncharse !

Frunció el gesto el último de los Todopoderosos.

—¿ Y qué hice yo entonces ? — inquirió, ceñudo.

— Hombre; lo natural fuera que preguntases a tu vejestorio para qué rompía las tablas, ya que dejó escritas otras al escalar el monte. Y, sobre todo, que averiguaras en qué idioma escribió eso...

(27) Exodo, cap. XXXI, vers. 18.—(28) Exodo, capítulo XXXII, vers. 20.—(29) Idem íd., vers. 19.

—¡ Sí, sí ! ¡ Cualquiera lo averigua ! Bueno; y ¿ qué dice yo entonces ?

—Algo impropio de un Eterno formal. Tomarle a Moisés la egipcia cabellera. Sí. «Alísate—le ordenaste—dos tablas de piedra como las primeras, y escribiré sobre esas tablas LAS PALABRAS QUE ESTABAN EN LAS TABLAS PRIMERAS QUE QUEBRASTE» (30). ¡ Mentira ! Le diste a Moisés otro Decálogo distinto del primero.

—¡ Mecachis en el Pentateuco !—tronó Jehová, echando humo por los poros, igualito que en el Sinaí—. ¡ Diplomarme yo de embustero ! ¡ Pronto ! Recita mi segundo Decálogo, para que yo lo coozca.

—Oye y compara, mi querido Informal.

Hubo un silencio. En la lejanía escuchábase al coro de serafines cantar las alabanzas del Todopoderoso. Y de cuando en cuando se oía el canturreo de las Santas, entretenidas en su jugar al corro...

* * *

—Vamos, respetable Jehová—dije—, con el

DECALOGO NUMERO II

1. No te has de inclinar a Dioses ajenos; que Jehová, cuyo nombre es Celoso, Dios celoso es.

(30) Exodo, cap. XXXIV, vers. 1.

— 20 —

II. No harás alianza con los moradores de aquella tierra (Canaam), porque fornicarán a sus dioses y te llamarán, y comerás de sus sacrificios.

III. No harás dioses de fundición para tí.

—¡ Eso es una granujada! —interrumpe furioso el barbudo—. ¡ En el primer Decálogo prohíbo en absoluto las imágenes todas, sean o no de fundición!

—¡ Calma, calma! Recuerda que el «Éxodo» lo escribió la clerecía de Jerusalem. Y como la clerecía de Samaria te adoró siempre en figura de toro, fundido en metal... (31) *¡Les affaires sont les affaires!* Sigo.

IV. La fiesta de los Azimos guardarás.

V. Todo lo que abre matriz, mío es; y de tu ganado, todo primerizo de vaca o de oveja que fuere macho.

VI. Seis días trabajarás; pero en el séptimo (sábado) descansarás.

VII. Te harás la fiesta de las Semanas a principios de la siega del trigo, y la fiesta de la cosecha, a la vuelta del año.

VIII. Tres veces en el año será visto todo varón tuyo delante del Señoreador.

IX. No ofrecerás con leudo (masa fermentada con levadura) la sangre del sacrificio que me ofrendes; ni quedará para mañana el sacrificio (el cordero) de la fiesta de la Pascua.

X. La primicia de los primeros frutos de tu tierra meterás en la casa de Jehová, tu Dios. No cocerás el cabrito en la leche de su madre... (32).

(31) 1.º Reyes, cap. XII, vers. 28. «Ábir», toro, se dice a Jehová en Génesis, cap. XLIX, vers. 24.—

(32) Exodo, cap. XXXIV, vers. 14-26.

—Y colorín colorao—digo—. ¿Ves cómo engañas-te al inventor del mosaísmo? De los diez mandamientos del segundo Decálogo, sólo el primero y el sexto coinciden con los que te inventó Esdras en tu primer Decálogo. El tercero varía. Y los demás, son nuevos todos.

—Y ahora—retumbó Jehová—, ¿cómo castigo al que se salte a la torera siete mandamientos del primer Decálogo? Así, todo el que quiera puede fornicar, matar, cometer adulterio, codiciar la señora del prójimo si ella toma varas, y... ¡Recristina, cómo queda mi celeste formalidad! ¡Me jeringó Esdras! ¿Quién puede tomarme ahora en serio! ¡Dos Decálogos distintos!

Y el infeliz Dios Padre se mesaba las guedejas, dado a los demonios.

—Tranquilízate—arguyó—. Impostura son tus primeros Decálogos; mas en el segundo se lo ve más a las claras por irse derechito su autor al talego del pan. El muy asno simula estarse aún los israelitas en el desierto; y olvidó que ni allí te hicieron sacrificios, ni eras todavía Jehová cuando paseaban el Tabernáculo (33). Item, el segundo Decálogo, impone la triple anual peregrinación al Templo de Jerusalem, edificado siglos más tarde; pero Esdras lo «presiente» en el «Éxodo», como el Cid de Fernández y González «presintió» la catedral de Burgos.

(33) Amós, cap. V, vers. 25-26.

—¡ Arrea !—exclama Jehová muy a lo místico—. ¡ Ahora sí que me has amolado !

—Pues aún te amuelan más. ¿Quieres conocer tu Decálogo tercero?

—¡ Dios mío !—sollozó el Júpiter hebreo—. ¡ Aún más ! ¡ Otro Decálogo !

—Y distinto de los dos anteriores. Oye. Mas antes, como no hay cosa que impida fumar a las almas de los católicos, la mía va a encender un pitillo.

Y mi espíritu se puso a fumar voluptuosamente.

* * *

—Siento darte malas noticias—hablé con artificiosa pesadumbre, recordando que si, «con el soplo de sus narices» (34) Dios abrió calle por el Mar Rojo, bien podía darme ahora un disgusto con el temible fuelle—. Lo siento; mas tú te tienes la culpa. ¿Cómo siendo judío y retejudío, te haces Dios de los cristianos?

—¡ No menciones tal impostura !—chilla furibundo—.

—Es que por tamaña superchería estás en situación difícil con las personas formales. Tú, como Dios sin Hijo, prohibes el culto a las imágenes. En cambio, tú, como Dios con un Hijo, dictas un tercer Decálogo donde no prohibes las imágenes. Y las tienes hasta de un toro, de un cerdo, de un águi-

(34) Exodo, cap. XV, vers. 8.

la, de una paloma, de un chucho. ¿Por qué semejante informalidad?

Aquello sacó de sus celestiales casillas a Jehová. Dando manotones en la puerta chilló: ¡Cínicos papistas! ¡Falsificar mi divino Decálogo de Esdras!

—¿Qué falsificar? ¡Hacer un desarreglo indecoroso! ¡Y largarlo en el Catecismo! Escucha, e indignate. Comienza con un espúreo: «I. Amar a Dios sobre todas las cosas.»

—¡Qué herejía!—bramó Jehová tirándose de la barba—. ¡Suprimir mi nombre, que yo injerté en el Decálogo para evitar competencias ilícitas! ¡Suprimir el artículo primero mío, y reemplazarlo con una frase del «Deuteronomio», además falsificada! Que allí digo: «Amarás a JEHOVA, tu Dios, de todo corazón, y de toda tu alma y con todo tu poder.» (35). ¡Amar a Dios! Pero ¿qué narices de Dios es ese que no echa su Jehová por delante!

—Indígnate; pero ¿quién falsificó primeramente la formulilla deuteronomica? Cristo. Muda tu frase en un amañado: «Amarás al Señor, tu Dios», etc. Y agrega, como si no cometiese fraude: «Este es el primero y grande mandamiento» (36). Tu hijo to se abochorna de pronunciar el nombre propio de su padre cuando le falsea su Decálogo y le falsifica el «Deuteronomio»! De no ser Jesús tan mito

(35) Cap. VI, vers, 5.—(36) Mateo, cap. XXII, versículos 37-38.

cual tú, debieras reñirle duramente. ¡Linda manera de amarte!

—No me hables de ese chico—refunfuña Dios—. Vamos a mi segundo precepto, el que prohíbe las imágenes...

—¡Ay! Como los Papas tienen dioses y diosas de madera, suprimen tal mandamiento para que sus parroquianos no descubran lo abominable de tal culto.

—¿Y cometen la abominación de tener imágenes y adorarlas?—demandó Jehová tirándose de los pelos—. ¡Y para eso me pasé la vida trinando y tronando contra los ídolos!

—Sí, te has lucido, Uno y Tres. Las divinidades paganas llenan hoy los templos. Ahora, que con otros nombres. A la imagen de Isis con su niño Horo en brazos, se le dice María con el Niño Jesús. A Juno dando de mamar a Marte, y a la Demeter con su nene, se les nombra hoy Nuestra Señora de la Leche y del Buen Parto. La paloma de Venus es la del Espíritu Santo. La cruz de persas, egipcios y griegos, es la de Jesucristo. El cordero que representaba a Júpiter Ammon, también llamado Salvador, es el Divino Cordero, emblema de Jesús. Las estatuas yacentes de Tammuz, son las de Jesús después de la crucifixión... Y no te digo nada de infinitas deidades paganas que hoy reciben culto con el nombre de Santos y Santos. ¡Como que pasan de treinta mil los huéspedes del Santoral!

—¡
gundo
camote

—
tría, d
nomb

—¡
mo Tr

la déci
ba el

tierra,
(37). ¡
Ade

gún co
que la

provier
bre, y

real so
hízose

otros e
tarlo.

nosos e
cia su
mi hor

fuerza
rías...
—
(37)
lo XL

—¡Qué escándalo! ¡Qué burla de mi santo segundo mandamiento. ¿Y con cuál sustituyen el escamoteado?

—Tras encarnecerte así la Iglesia con su idolatría, dice en su Decálogo: «II. No jurar su santo nombre en vano.»

—¡Herejes!—rimbomba Dios Jehová, trinaudo como Trino y como Uno y como Cero—. ¡Zamparse la décima parte de mi Decálogo! Pues ¿no afirmaba el Jesús que «hasta que perezcan el cielo y la tierra, ni una jota, ni una tilde perecerá de la Ley»? (37). ¡Embuste! Además...

Además—añade soltando humo por las narices, según costumbre (38)—, ¿ignoran los muy... Papas que la prohibición de mentar en vano mi nombre, proviene de una creencia de la Magia? Todo nombre, y no digamos el mío, proyectaba una fuerza real sobre los hechos, al ser pronunciado. Por ende, hizose *tabú* mi nombre, según acontece todavía con otros en los pueblos salvajes. Estaba prohibido mentarlo. Mas porque mis cabileños lo mentaban, ganosos de que actuase a favor de tal o cual conveniencia suya, fué preciso que la clerecía, velando por mi honorabilidad, prohibiese hacer empleo de la fuerza mágica de mi apelativo para lograr bellaquerías... ¡Y que perdure tamaña superstición bufa en

(37) Mateo, cap. V, vers. 17-18.—(38) Job, capítulo XLI, vers. 20.

el siglo XX! Ya no me asombra que los papícolos echen sal a los recién nacidos, conforme acostumbraban hacer mis cabileños por ahuyentar a los demonios...

—Mira, Jehová: no te quejes. Si la Iglesia mandó a freir espárragos tu segundo mandamiento, tú fuiste primer escarnecedor de tu divina palabra. No quiero imágenes—ordenas—; mas ¿quién mandó construir a Moisés el ídolo en forma de serpiente, a cuya vista sanaban los mordidos por reptiles? (39). ¡Hay que ser serios, Jehová!

Enfurrúñose Dios, y repuso con acritud: —Yo hago lo que me parece, ¿sabes?, y al que le pique, ¡memorias al sentido común!

—Amén. Vamos con la tercera mixtificación papícola. Tu Iglesia cristiana pone de tercer mandamiento el tuyo cuarto. Mas ahí hallarás otra mixtificación indecente, producida porque, mientras tú declaraste fiesta oficial la del sábado, el papismo te impone a trancas y barrancas santificar el domingo. ¿Ves qué absurdo? ¡Enseñar que acabaste la Creación un viernes y por eso descansaste el sábado, y hacer fiesta el domingo, que para ti fué día laborable! ¡El domingo, consagrado por los gentiles al astro rey con el nombre de «Dies Domini», día del Señor!

—¡Como que Jesús no es otro que el Agni védico, hijo de Savistri, el Sol.

—Pues, para introducir en el Decálogo ese robo,

(39) Números, cap. XXI, vers. 8-9.

los pontífices suplantán lo dicho por ti con un hipócrita: «III. Santificar las fiestas.»

—Pero ¿cuáles? ¿Aquellas otras que instituí? ¿La de los Azimos, la de las siete Semanas, la de los Tabernáculos?

Solté la carcajada. —¡ Quita, infeliz! Las fiestas que robó el cristianismo a los paganos. La de Navidad, conmemorativa del nacimiento de Osiris, Mitra y Baco el 25 de diciembre, solsticio de invierno, en que principia el renacer del Sol. La Semana Santa, memoradora de la muerte y resurrección anual de Adonis, Tammuz y otros. La de Año Nuevo, en honor de Jano. La de Cibeles y Todos los Dioses, llamada hoy de Todos los Santos. La Asunción de la Virgen (15 de agosto), cuando Astrea sube al signo zodiacal de Virgo... La del solsticio de verano, 25 de junio, que hoy se le endosa a San Juan...

—¡ No sigas, no sigas! —gimió el Eterno mesándose las barbas—. ¡ Que llamen a tal ignominia «Santificar las fiestas»! ¿Y qué ponen los pillastres de Roma por cuarto mandamiento? ¿El quinto de Esdras y mío?

—Exacto. «IV. Honrar padre y madre.» Y esto lo manda la misma Iglesia cuyo Jesús prescribió: «Si alguno viene a mí y no ODIa a su padre y a su madre..., no puede ser mi discípulo» (40).

—Dime—salta Dios—, ¿se comen los papistas lo esencial de mi mandamiento? Aquello de «para que tus días se alarguen en la tierra (Cannam) que Jehová, tu Dios, te da»?

(40) Lucas, cap. XIV, vers. 26.

—Se lo comen. El clero cristiano y el católico son insaciables tragando. ¿Es que tenía tu precepto algún intrínquilis?

—¡Claro que sí! Dije lo de «honrar» padre y madre por eufemismo, conforme llamo lomos, piernas, simiente a cosas de nombre feo. Mi honrar era no deshonorar. ¿Y sabes cómo se deshonoraba entonces al padre y a la madre? La gentuza de mis cábilas refulgía por lo cana llesca. Unas veces, la hija se refocilaba con el padre, haciendo que la fecundase (41). Otras, el hijo copulaba con su madre, como por fuerza sucedió al Caín del Génesis. Por eso tuve que ordenar en el «Levítico» de Esdras y Compañía: «La desnudez de tu padre, o la de tu madre, no descubrirás» (42). Por eso, en mi «Gaceta» del «Deuteronomio» promulgué: «Maldito el que deshonorare a su padre o a su madre» (43). ¿Es que aún se estima eso entre católicos? Porque si no, ¿a qué mi precepto? Que lo de prolongar la vida proviene de que entonces el padre podía matar a su hijo cuando quisiera... (44).

—¡Bah! ¿Qué sabe tu Iglesia católica de por qué ordenaste nada? Endilga unas frases a otras cosas, y después... se ríe de ti y de lo que ella predica. Por ejemplo, los curas bendicen las marciales máquinas de matar. Pues ahí los tienes. Cambiando en quin-

(41) Génesis, cap. XIX, vers. 30-38. — (42) Capítulo XVIII, vers. 7. — (43) Deuteronomio, capítulo XXVII, vers. 16. — (44) Génesis, cap. XLII, vers. 37; Zacarías, cap. XIII, versículo 3.

to mandamiento el tuyo sexto, prescriben: «*V. No matar.*»

—¡Farsantes! ¡Cuando rememoro las salvajadas de la Inquisición con los que creían en mí! ¡Valiente respeto al «No matarás»!

—¡Poquito a poco, Dios de los ejércitos. Que tú asomas a cada paso en la Biblia para disponer horribles matanzas. ¡Valiente respeto, moralizador a tu divina palabra!

—¿Que fui mentiroso? ¡No seas panoli! ¡Si a mí no me pasó por la mollera estorbar crímenes! El precepto que hoy se interpreta de modo tan elástico, no es sino supervivencia de antiguo *tabú*. Significa que los hombres de un clan, de una tribu, no se deben matar entre sí. Por ello veis que les ordeno feroces asesinatos de extranjeros. No; que no se me haga mejor de lo que fui.

—Enhorabuena por tu sinceridad. Y sigo. Lo más bufo del Decálogo papista es el mandamiento que coloca donde pusiste «no matar». Dice: «*VI. No fornicar.*» ¿Qué te parece? Hoy no se practica ninguna de aquellas cópulas rituales en honor de Astarté y otras divinidades. Pero la Iglesia insinúa que «fornicar» es... el coito. ¿Qué opinas de la burrada?

—¡Estupendo!—rió Jehová, dándose manotones en los divinos muslazos—. ¡No se podía discurrir atrocidad mayor!

—Conformes. Aunque hay otra semejante. Cuando tus Papas ordenan: «*VII. No hurtar*», reproducen tu octavo mandamiento. Mas ¿con qué autoridad prohibes el hurto? ¿No lo has recomendado con

igual cinismo que lo practicó la Iglesia mediante las falsas donaciones de Pipino y otros? Sí, hombre. Recuerda que dijiste a Moisés «Demandará (en Egipto) cada mujer (hebrea) a su vecina y a su huésped vasos de plata, vasos de oro y vestidos; los cuales pondrá sobre vuestros hijos e hijas, y despojaréis a Egipto» (45). Eso hace muy poco favor a tu divino Decálogo y a tu divina ética.

—¡Tonto!—sonríe Jehová—. Lo del hurto es análogo a lo de que no se mate. No se debe hurtar entre judíos. Hurtar a extranjeros es otra cosa (46). Continúa.

—Tu noveno mandamiento, la Iglesia lo vuelve octavo: —*No levantar falso testimonio ni mentir*. Ya ves: lo afirma una Iglesia que sostiene haber parido una virgen, que tú tienes un hijo, y que un Palomo inspiró las enormidades de las Escrituras...

—Oye; ¿y mi séptimo: «No cometerás adulterio»?

—Roma lo suprime, sin duda porque perjudicaría mucho a los confesores de casadas. En cambio, te inventa un «IX. *No desear la mujer de tu prójimo.*» Digo que lo inventa, porque pone ahí, solita, y dándole un sentido que no le diste, una parte de tu X mandamiento. Ella lo vuelve precepto de moral vaginal; tú, en tu X, no lo formulabas con ese designio. Prohibías ir contra la propiedad del hombre: su casa, su mujer, su buey, su asno. La mujer era uno de tantos bienes del hombre. ¿Cabe

(45) Exodo, cap. III, vers. 22.—(46) Véase, v. gr., Deuteronomio, cap. 23, vers. 19-20.

una falsedad mayor que la que te imponen los Papas con su burda superchería?

Superchería—continuo—, que aún agravan. Ya viste cómo al escamotear tus segundo y séptimo mandamiento, sustituyen uno con el «No fornicar» y otro partiendo en dos el X tuyo. Pues bien: como si tú no hubieses incluido a la mujer entre los bienes del prójimo, tras sacarla de ahí, agregan: «X. No codiciar los bienes del prójimo.» Dime, Jehová, ¿conoces algún caso más cínico de falsedad que el Decálogo a ti atribuido por Roma?

El pobre Dios Padre, atónito por la increíble audacia pontifical, no respondió. Creyérasele absorto en la contemplación de las sandalias, que no se ha quitado aún desde que hizo su entrada en la mitología.

—¡Recuerdo!—salta de pronto—. Pues si tal descaro tienen conmigo los que dicen ser yo su Todopoderoso, ¿me luzco si no me llegan a declarar Padre de su Hijo! Pero, ¿cómo protesto contra el mentir de la Iglesia? Yo hice uña y carne más a Jacob, por haber engañado a todo bicho viviente (47). Yo di lecciones prácticas de embusterismo a Samuel (48). Yo...

—Bueno, bueno—le interrumpo—. Comprenderás que tus hazañas no me importan. ¿Me examinas de pecados, o no?

—Pero ¿cómo juzgo con tres colecciones distin-

(47) Génesis, caps. XXVII a XXXII.—(48) 1.º Samuel. cap. XVI, vers. 1 y sig.

tos de diez mandamientos? Al que le aplique los de una, de fijo me envía noramala.

—Eso, allá tú. Quiero entrar. Necesito ver cómo pones en las nubes el arco iris en prueba de tu alianza con la incultura (49). Inquirir por qué impusiste al profeta Ezequiel alimentarse con caca de israelita y de buey. (50). Que me aclares por qué afirmaste haber inmovilizado el mundo, que ya «no se moverá» (51). En fin, descubrir la causa de que el profeta Zacarías, al mirar hacia aquí, viese cuatro cuernos... (52).

—¿Sí, granuja?—chilla Jehová—. Pues te fastidias. Aunque te has muerto, repetiré la diablura que hice cuando Ecequías expiraba (53). Retrocederá el tiempo, y ¡arza y ole!, ni la has diñado, ni te comenzó aún la dolencia de que moriste. ¡Hale, a entendértelas con Albornoz y su piadosa Justicia!

Y me desperté ocho días antes de aquél en que me puse malo para morirme. ¡Gloria a Dios en la altura, y el que venga detrás, que arree!

Augusta Viverra

(49) Génesis, cap. IX, vers. 13.—(50) Ezequiel, capítulo IV, vers. 12-15.—(51) Salmo XCIII, vers. 1.—
52) Zacarías, cap. I, vers. 18.—(53) 2.º Reyes, capítulo XX, vers. 8-11.

¡OJO CON ESTOS!

*Señores de la Cámara Oficial del Libro:
Gerentes de Casas editoriales:*

Sepan que hasta ahora no hemos podido cobrar a **D. Carlos de la Cruz**, de **Puertollano** (¿será por aquello de detrás de la Cruz?), ni a **D. Camilo Jiménez**, que vive en Cerro del Aguila, **Sevilla**.

Que tampoco sueltan un cuarto don **José Sanz Sánchez**, de **Egea** (Zaragoza), ni su colega **D. Ramón Morales**, de **Daimiel**.

Que en **Cornellana** (Oviedo), **D. Fernando Martínez** se llama Andana, más que Fernando. Que en **Santa Marta** (Badajoz) hay un señor **Rangel Esteve** (**Manuel**) que se hace el sueco a la hora de pagar. Que en **San Roque** (Cádiz), ¡por vida de los santos!, **D. José Fernández** tampoco cumple como es debido, ¡ay!, ¡y muy debido!

Item. Ojo con un señor **Santonja** (**Jorge**), de **Elda**, porque se va allá allá en no pagar con el **Quiosco Lozano**, de **León** (plaza de San Marcelo).

Quien quiera informes de cómo cumplen sus obligaciones dichos señores, nosotros se los daremos con nuestros libros en la mano.

(Continuará la lista)

HILDEGART, la juvenil y vibrante escritora, de fuerte e indomable temperamento revolucionario, es la autora del próximo y admirable número de "LA NOVELA PROLETARIA" titulada

¿Quo vadis, burguesía?

¡Prosa magnífica! ¡Ideas redentoras!
¡Vibración intensamente revolucionaria!

Ejemplar 25 CENTIMOS

Pedidos a


Ediciones Libertad,
ROMA-41 MADRID

Descuento del 30 por 100 en los pedidos a reembolso.

Ayuntamiento de Madrid